



GABRIELA MISTRAL Y EL EXILIO REPUBLICANO ESPAÑOL DE 1939

GABRIELA MISTRAL AND THE SPANISH REPUBLICAN EXILE OF 1939

Francisca Montiel Rayo
Universitat Autònoma de Barcelona
Francisca.Montiel@uab.cat

ORCID: 0000-0003-0338-3599

RESUMEN

Aunque su vida no estuvo exenta de contradicciones, la posición que adoptó Gabriela Mistral tras la sublevación que dio origen a la Guerra Civil Española fue inequívoca. Alineada junto a la España leal, su defensa de la República se hizo patente desde el primer momento hasta el fin de sus días. Así lo atestiguan sus actuaciones en apoyo de los republicanos durante el conflicto y en el largo exilio. En el destierro no solo les prestó auxilio, sino que colaboró con ellos en las actividades intelectuales que promovieron. Su decidida apuesta contra el fascismo y en favor de la paz mundial la aproximó incluso a aquellos que profesaban ideologías de las que se había mostrado muy alejada inicialmente. Todo ello le valió el agradecimiento y el reconocimiento de los españoles que se vieron obligados a vivir fuera de España, mientras en el interior el silencio y el control decretados por el Gobierno de Franco condicionaron las menciones a su nombre y a su trayectoria literaria.

PALABRAS CLAVES: Gabriela Mistral, exilio republicano español de 1939, apoyo, colaboración.

ABSTRACT

Although her life was not free of contradictions, the position Gabriela Mistral took following the uprising that led to the Spanish Civil War was unequivocal. Aligned with loyal Spain, her defense of the Republic was evident from the very beginning until the end of her days. This is attested by her actions in support of the Republicans during the conflict and throughout her long exile. In exile, she not only provided them with aid but also collaborated with them in the intellectual activities they promoted. Her determined stance against fascism and in favor of world peace even brought her closer to those who advocated ideologies she had initially distanced herself from. All of this earned her the gratitude and recognition of Spaniards who were forced to

live outside Spain, while inside the country, silence and control imposed by Franco's government shaped the mentions of her name and literary career.

KEY WORDS: *Gabriela Mistral, Spanish Republican exile of 1939, support, collaboration.*

El 16 de agosto de 1954 el poeta catalán Carles Riba respondía a una carta de Gabriela Mistral gracias a la cual pudieron retomar el contacto que había quedado interrumpido desde el inicio de su exilio en Francia. A poco de su regreso a España la poeta chilena recibió el Premio Nobel de Literatura, por lo que Riba y su esposa –la también poeta Clementina Arderiu¹– le escribieron para felicitarla. El envío, realizado a través de unos conocidos residentes en Francia, llegó a sus manos², pero no sucedió lo mismo con la respuesta de Mistral, tal vez porque, como aseguró el autor de *Elegies de Bierville*, “había entonces acá, en torno a su nombre, una consigna oficial y operante de silencio”³. Así lo confirma la prensa de la época, donde apenas se alude a la escritora y a su obra antes de conocerse la noticia del reconocimiento que le fue otorgado por la Academia Sueca⁴. La prohibición inicial y el control ejercido sobre el tratamiento público que recibió después en España⁵ contribuyeron sin duda a alimentar el olvido de “la agencialidad personal y política de la escritora”, una omisión de la que también adolecen sus biografías, como denunció Elizabeth Horan en 2019 (“Míos por” 108-109)⁶.

¹ Mistral los había conocido en uno de los viajes que realizó a Barcelona durante el tiempo que ejerció el cargo de cónsul de su país en Madrid. Muy bien impresionada por la poesía de Arderiu, el 25 de febrero de 1935 se refirió a ella en el “Recado catalán” que publicó en *El Mercurio*, texto en el que mencionó su condición de “esposa del poeta y helenista Carlos Riba” y reprodujo dos de sus poemas (Mistral, *Recados* 661-663).

² Carta de Carles Riba y Clementina Arderiu a Gabriela Mistral fechada en Barcelona en noviembre de 1945 (Biblioteca Nacional de Chile, número de sistema 000946116).

³ Carta de Carles Riba y Clementina Arderiu a Gabriela Mistral fechada en Barcelona el 16 de agosto de 1954 (Biblioteca Nacional de Chile, número de sistema 000946118).

⁴ Hasta 1945 en la prensa española solo se mencionó a Mistral para citar alguno de sus versos más conocidos o para informar de la realización de recitales poéticos, celebrados en su mayoría en entornos educativos, en los que se declamaron algunos de sus poemas.

⁵ Mistral era consciente de ello. “Mi firma es tabú en la España del momento [...]. No me perdonan mi antifascismo y mi ayuda, modesta, pero sabida, a los niños vascos y catalanes”, dejó escrito en el oficio consultar sobre la posible concesión del Premio Nobel fechado en Petrópolis el 30 de abril de 1945 (*Obra reunida* 361).

⁶ Se trata de biografías nacionalistas, donde la escritora aparece convertida “en un monumento que representa el estado-nación como atemporal y eterno, y su servicio consular como un deber patriótico hacia dicho estado”, y de biografías hagiográficas, donde se muestra a la poeta como “un ejemplo de caridad, especialmente hacia los niños” (Horan, “Míos por” 109).

El acceso de los investigadores a su legado, que se conserva en la Biblioteca Nacional de Chile desde 2007, está permitiendo reescribir la historia de la relación que Mistral mantuvo con los perdedores de una guerra civil que dividió España en dos durante décadas, un posicionamiento inequívoco del que dan fe la correspondencia exhumada hasta la fecha y el contenido de otros documentos que han permanecido inéditos durante lustros, como el “Recado para José Bergamín” que la poeta escribió en 1944, en el que se puede leer lo siguiente:

En esta casa, cada día nos acordamos de España, antes Juan Miguel y yo, ahora Palma y yo, solas en la casa vaciada, y vacía y huera.

La imagen primera, la que sigue y la última es esta: hay 450 mil españoles que anidan el mundo ajeno y lo andan en vacío para sí mismos.

Lo que asombra, lo que hiela es que en los seis años que esto dura, la honorable Europa no se sorprenda, no vea, no “realice” a estos 450 mil hombres que enfilados dan una vuelta al Pirineo y al Atlántico también” [...]

Yo no sé la historia suficiente para asegurar que esto no pasó nunca en el mundo, pero algunos que la saben de punta a cabo me dicen que así es, que nunca ocurrió. (Mistral, *Recados* 677-678)

Sus palabras y sus actos contrastan con el supuesto antiespañolismo de Mistral, una aversión que se ha venido reiterando a propósito de ciertas declaraciones y de algunos episodios de su vida que conviene contrarrestar con informaciones desconocidas o silenciadas durante años. El análisis del apoyo personal y colectivo que les prestó a los republicanos españoles, objetivo de las páginas que siguen, revela las causas y el alcance de la postura que la escritora adoptó desde el inicio de la Guerra Civil hasta el final de sus días, actitud de la que dejó constancia en sus cartas, y de la que dan fe asimismo las noticias divulgadas en la prensa de su tiempo.

EMPATÍA, IDEOLOGÍA Y SENTIMIENTO DE JUSTICIA

Gabriela Mistral recibió la noticia de la sublevación militar que dio inicio a la Guerra Civil Española en Lisboa, adonde había llegado unos meses antes, procedente de Madrid, para tomar posesión de un nuevo encargo diplomático que le permitió residir en Portugal –como deseaba–, pero que no le resultó precisamente fácil desempeñar. Elisabeth Horan (“Consul”) ha arrojado luz sobre dicho período, una etapa de la vida de la escritora chilena muy desconocida durante décadas a la que es necesario regresar para aquilatar su posición ante el conflicto. “Yo deseo que ganen las izquierdas”, le confesó a Victoria Ocampo el 21 de agosto de 1936, apenas un mes después de iniciada la contienda (Mistral y Ocampo 56). La escritora se situaba así de manera palmaria junto

a la España leal, integrada –como no se le ocultaba– por partidarios de ideologías muy dispares⁷, algunas de las cuales se hallaban ciertamente alejadas de sus convicciones, las propias de “una mujer sin partido”⁸ –“socialista” de un “socialismo particular”, según había afirmado en Madrid (Nieto 5)⁹– que rechazaba *a priori* tanto el comunismo como el fascismo¹⁰. “El corazón se me va con la gente de Madrid, por cuestión de ideas y de eso tan bien nombrado y tan bulto de aire que llaman la justicia” le reconoció a Victoria Ocampo en la carta antes citada (54).

No puede asegurarse, por ello, que la poeta se decantara por el bando republicano por influencia de sus amigos mexicanos, como ha sido dicho (Horan, “Consul” 403); ni que lo hiciera por considerar que el conflicto armado ponía en peligro a catalanes, a vascos y, en menor medida, a gallegos, con los que se sentía identificada (Horan, “Consul” 404). Horrorizada por las noticias que recibía, se apresuró a ayudar a quienes se lo requirieron o a aquellos a los que consideró que se hallaban en claro peligro. Los casos debieron de ser muchos, aunque solo han trascendido hasta la fecha los de algunos protagonistas de la vida pública española del momento, a los que había conocido durante su residencia en Madrid o de cuyas trayectorias tenía constancia. La noticia del fusilamiento de Ramiro de Maeztu, divulgada dos meses antes de que se produjera realmente, la llevó a lamentarse por no haber tomado la iniciativa de escribirle para que se refugiara en su casa de Lisboa, según le explicó a Victoria Ocampo, a quien le confesó el aprecio que sentía por el que fuera director de la revista *Acción Española*: lo “quería, por encima de todas sus ideas absurdas [...]; era un hombre de corazón, enloquecido por la pérdida de sus amigos y de una España lamentable, la monárquica” (Mistral y Ocampo 54). Por ello, la escritora decidió actuar para evitar que la vida de su hermana, fundadora y directora de

⁷ Mistral, que había conocido la creciente polarización política de la España de los años treinta durante la etapa en la que ejerció el puesto de cónsul de Chile en la capital, periodo que coincidió con el conocido como Bienio Negro de la República, se refirió así, en la carta que le remitió al escritor chileno Eduardo Barrios en 1952, al clima político del Madrid de entonces, una ciudad “que nunca supe ni pude entender, loquera suelta, mar de unos odios africanos dentro de la misma República; la cual nació tarada de eso, de un frenesí peor que el de nuestros pueblos tropicales” (*Obra reunida* 474).

⁸ Carta de Gabriela Mistral a Pedro Aguirre Cerda, presidente de Chile, fechada en Río de Janeiro el 25 de julio de 1940 (Biblioteca Nacional de Chile, número de sistema 000991500).

⁹ En la carta que le envió a Ocampo el 21 de agosto de 1936 a la que ya se ha hecho alusión, Mistral le explicaba a su interlocutora las dificultades que había tenido para conseguir noticias de un amigo catalán –probablemente se trataba de Lluís Nicolau d’Olwer–, al que calificó como “persona de izquierdas, pero de izquierdas rosadas, no sangre de toro” (55), una ilustrativa distinción por lo que a su propia ideología se refiere.

¹⁰ Por eso le dolía muy especialmente que se estuvieran “peleando, carabina al hombro, las mujeres en España, las falangistas disparatadas y las comunistas” (Mistral y Ocampo 56).

la Residencia de Señoritas de Madrid, se viera amenazada. “No es novelería pensar que María corre peligro”, le escribió a Victoria Ocampo, a quien le pidió que se comunicara con la pedagoga ante la imposibilidad de hacerlo ella misma desde la capital portuguesa: “La odian muchas, pero muchas, mujeres de izquierda”, le explicó (54-55). María de Maeztu, cuya amistad con Mistral se había truncado por razones que se desconocen¹¹, logró viajar a Buenos Aires¹², donde fijó su residencia.

No ha sido posible saber si Mistral actuó en favor del poeta y periodista gallego Xesús Nieto Pena, cuyo caso constituye un buen ejemplo de las peticiones de ayuda que recibió la escritora por parte de quienes se posicionaron, al menos inicialmente, junto a los sublevados (Montiel, “Solidaridad” 174-175). Sí lo hizo para auxiliar a la pintora Maruja Mallo, quien logró viajar, gracias a sus buenos oficios, hasta Buenos Aires. “Allá les llega Maruja Mallo. Ojalá pudiesen ir por el mismo barco los demás profesores que habría que poner a salvo, en bien del día de mañana de su país”, escribió Mistral en la carta que le remitió a Ocampo el 24 de enero de 1937. “Yo todavía no saco nada de mi tierra”, le confesó a continuación (57).

Sus intentos de implicar al Gobierno de Chile en la evacuación de intelectuales republicanos no habían tenido éxito. Por su parte, las autoridades portuguesas no le permitían actuar libremente. Se sentía impotente. No alcanzaba a comprender la impasibilidad internacional ante un conflicto —la lucha contra el fascismo— que no era posible soslayar. Como es sabido, la respuesta del Gobierno de México constituyó una feliz excepción en ese sentido. Su Embajada en Lisboa asumió algunas de las funciones que habría desarrollado la representación de la República Española si el Gobierno portugués no la hubiera asediado como lo hizo —sobre todo en la persona de su titular, Claudio Sánchez-Albornoz— hasta romper unilateralmente las relaciones diplomáticas con la España leal en octubre de 1936. Para entonces Daniel Cosío Villegas, encargado de negocios de la Embajada de México en Portugal, ya había pensado en la conveniencia de que siguieran trabajando en su país unos pocos intelectuales republicanos, una idea, coincidente con la expresada por Mistral, que, en este caso, sí contó con el respaldo de su Gobierno. “Esto de México,

¹¹ Además de las alusiones a sus enfados, relatadas por el conservador Carlos Morla Lynch, miembro de la Embajada de Chile en España entonces (518), contamos con la larga carta sin fecha enviada por María de Maeztu a Mistral cuando esta residía en Madrid en la que se alude a su distanciamiento, pero no a las causas (Biblioteca Nacional de Chile, número de sistema 000944281).

¹² Un año más tarde, Mistral le escribía de nuevo sobre su común amiga a Ocampo: “Me han dicho que nuestra María de Maeztu está con Ud. y que está fascista [...]. María debe quedarse allá un tiempo largo”, sugirió (60). El 17 de noviembre de 1945, desde la capital argentina, Maeztu le escribió a Mistral para felicitarla por la concesión del Premio Nobel (Biblioteca Nacional de Chile, número de sistema 000944282). No hay constancia de que volvieran a verse o a mantener algún tipo de relación las que habían sido en el pasado buenas amigas.

logrado desde este Portugal por ministro amigo, me [alivia] la conciencia americana”, le confesó a Ocampo en la carta que le remitió el 24 de enero

de 1937, en la que le comunicó que iban a ser llevados a ese país “diez, nada menos que diez, profesores” españoles (57). La escritora participó en la confección de la lista inicial de invitados por el Gobierno de México, pero no se ocupó de las gestiones posteriores, que culminaron con la creación de La Casa de España –hecha realidad en el mes de julio de 1938–, aunque su decisiva intervención en el proyecto fue reconocida por Cosío, que la informó del desarrollo del mismo en la carta que le remitió el 4 de mayo de 1939 (Montiel, “Solidaridad” 176).

Los viajes que realizó a París entre finales de 1936 y el verano de 1937 sirvieron para que se concienciara más si cabe del alcance de la tragedia española y de la necesidad de apoyo que requería la España republicana. En la capital francesa tuvo constancia de la existencia de “varios pedigüños”, gente que no era “de fiar” y que no merecía por tanto que se invirtiera en ellos “ayuda y dinero americano” (Horan, Urioste y Tompkins 300), pero también conoció a republicanos acreedores por su parte del mayor respeto, como fue el caso del comunista José Bergamín, con el que trató de arreglar las diferencias que lo separaban de Ocampo (Montiel, “Soliloquear”¹³). El aprecio que le suscitaron su calidad humana y su valía intelectual no sirvió para que se desvaneciera el rechazo que sentía por la ideología que profesaba. La separaban de ella, “*todavía*, dos o tres cosas”, le confesó a Victoria Ocampo en julio o agosto de 1937: “Una es su ateísmo, cien por cien, estúpido y cerrado. Pero yo no veo por dónde el fascismo sea menor calamidad, no lo veo”, añadió a continuación (60).

Apenas un año después del inicio de la guerra en España Mistral centraba sus actuaciones en favor de los partidarios de la República, a los que –además de la ayuda personal que les venía prestando por razones humanitarias– auxilió también como colectivo por motivos ideológicos, consciente como era de que el fascismo, “ese régimen de violencia y de odio sombrío”, había llegado a España (Mistral y Ocampo 60) y podía asentarse también en Hispanoamérica¹⁴. Por ello se mostró preocupada y avergonzada por el abandono del que estaba siendo objeto, y muy especialmente al “ver a la América

¹³ Se equivoca Elizabeth Horan cuando afirma que “majority of people who were close friends of Mistral’s were liberal Catholic intellectuals (such as Bergamín), Basques (such as Imaz and Zambrano), or Catalans (such as Carner, and later Xirau)” (“Cónsul” 432), tanto por lo que se refiere a la ideología política de José Bergamín como a la procedencia geográfica y a la amistad de María Zambrano. El primer error puede haber influido decisivamente en algunas importantes conclusiones alcanzadas en su trabajo.

¹⁴ El 24 de julio de 1939, desde Niza, Mistral dejó constancia de sus miedos en ese sentido a través de estas elocuentes palabras dirigidas a la exiliada Consuelo Berges: “Un comunismo criollo, y no digamos un fascismo criollo serían horribles en la América mestiza y en la indígena: sería la vieja matonería nuestra, elevada al cubo” (*Obra reunida* 256).

española cruzada de brazos delante de la tragedia de los niños vascos”. Era necesario que, si la guerra se prolongaba, al menos sus compatriotas se mostraran solidarios con ellos. “Al cabo Chile es el país más vasco entre los de América”, aseguró (Mistral, *Tala* 239-240).

Como ha recordado Horan, la publicación de *Tala* ha sido durante años “la respuesta más conocida de Mistral ante el conflicto español” (“Míos por” 38), pero sus actuaciones en favor de la causa republicana no se detuvieron ahí. Durante 1937 y 1938 procuró que se produjera la mayor adhesión posible a la misma en los países americanos –incluido el suyo– que visitó, “en gira de índole oficial” (Horan, Urioste y Tompkins 332), para dictar conferencias y participar en actividades previamente programadas, lo que no fue bien recibido por la prensa y por los sectores sociales partidarios de Franco de dichos estados, que no eran pocos. Los republicanos valoraron enormemente su ayuda. “Gabriela está en Buenos Aires”, escribió Maruja Mallo a unos desconocidos “milicianos” en abril de 1938. “La están moliendo a conferencias, tiene un gran éxito [...]. Irá a Perú y posiblemente a Méjico [*sic*], está espantada del fascismo, aquí ha hecho gran propaganda en contra” (150).

Sin embargo, Palma Guillén le comunicó que Neruda había afirmado en Barcelona que la poeta se estaba comportando “como persona que quita el cuerpo a la responsabilidad”. “No he hablado a medias palabras, no he esquivado nada”, le confesó Mistral a Victoria Kent en una larga carta fechada entre finales de 1938 y principios de 1939, donde añadió:

excepto el hablar en la calle, cosa de que no soy capaz. Los curas, los aristócratas, los ministros y sus mujeres me han oído esta defensa obsesional. ¿Qué quiere Neruda? Él sabe que es mucho más fácil hacer su manera de propaganda entre los obreros y los escritores, lo que es convencer a convencidos, a elementos públicamente leales. En los tres países burgueses que he nombrado [Argentina, Chile y Uruguay], he tenido el mismo coraje de hablar a la llamada gente de sociedad, a los dirigentes, a los fascistas criollos. Pero a actos públicos no me ha dejado ir mi jefe, ni los hubo siquiera por esos días en Chile, ni yo he sido nunca líder”. (Horan, Urioste y Tompkins 333-334)

Tras enumerar algunas de las consecuencias negativas que había tenido para ella su apuesta por la España leal, y asegurar que obtuvo de su “jefe la promesa de llevar a Chile hasta quince mil vascos”, escribió en alusión a Neruda:

Tanto más él sabe, o debe saber, pero él prefiere, por *gloriola*, adjudicarse toda la labor y *la decencia*. No es mucha hazaña que él, alejado del servicio y con sueldo de Barcelona, según me lo dijo Bergamín, trabaje y colabore. Yo estoy en el servicio; tengo en Chile un círculo de amigos de pura *derecha feudal* y he hecho lo que me mandaba mi alma. (Horan, Urioste y Tompkins 334-335)

Aunque “llevaba en ella profundas contradicciones” (Kent, 1957: 9), Mistral actuó, en efecto, de acuerdo con sus convicciones y con sus circunstancias. Cabe recordar que,

en el contexto de la contienda iniciada en 1936, fue difícil, e inusual, proceder al margen de las organizaciones políticas y sindicales, como lo hizo ella, condicionada como estaba, además, por ser miembro del cuerpo diplomático de su país. Ello explicaría, en parte, el desconocimiento que ha pesado durante años sobre las actividades que llevó a cabo para auxiliar a los republicanos españoles, olvido que no se ha producido en el caso de Neruda, sobre todo por lo que se refiere a su función como gestor de la expedición que trasladó a Chile, a bordo del Winnipeg, a más de dos mil republicanos en agosto de 1939. El recién elegido presidente Aguirre Cerda, amigo personal y protector de Mistral durante años, lo había nombrado cónsul especial para la inmigración española, con sede en París, en marzo de 1939, mes en el que la poeta se estableció en Niza, un destino al que optó tras renunciar a un puesto en Centroamérica. Así se lo comunicó desde Estados Unidos a Victoria Kent el 25 de enero de 1939, a quien le preguntó: “Yo quiero saber, además si, en caso de que ustedes pierdan, le será a usted más útil el que yo esté en EE UU. A mí me parece muy factible, mucho, el que usted pudiese trabajar aquí. ¿Le agradecería a usted saber que mi casa —suya— está aquí y *no en Europa?*” (Horan, Urioste y Tompkins 336).

Hasta allí habían llegado ya las noticias de la inminente entrada en Barcelona de las tropas rebeldes. Se acababa la esperanza que habían mantenido hasta entonces. La República perdía la guerra, derrota de la que Mistral culpabilizó al mundo entero, incluida “mi América del Sur”, que consideró que no había sido “artesano chico en esta obra perversa y además insensata”. Pero a todos les tenía que quedar claro que “media España” había “salvado la honra de la otra mitad”, por lo que no debían “llorar un llanto amargo”, sino confiar en que el regreso del régimen que estaba a punto de desaparecer se produciría pronto (Horan, Urioste y Tompkins 337-338). A principios de febrero, también desde Norteamérica, la poeta le escribió a Ocampo. “Siempre creo que estoy tocando fondo en la pesadilla española, pero siempre quedan heces más profundas”, le dijo. Se había iniciado el éxodo de los republicanos hacia Francia, La Retirada, y, mientras “los comodones —“los cuidados Ortega [y Gasset]”, “los Barojas en pantuflas” y “los Marañoses parteros de princesa”— habían huido de España hacía tiempo, intelectuales como Josep Carner —que trabajaba con Kent en la Embajada de la República española en París— tenían un futuro muy incierto. Mistral le pidió a Ocampo, a quien le sería muy útil como traductor para su editorial, que hiciera algo por él. Por lo que se refiere a la ayuda a los niños vascos que habían previsto realizar con el dinero recaudado por la venta de *Tala*, había, claro está, que cambiar de planes:

Habría que ayudar a estos desgraciados niños errantes, que Francia tira y no tira a la vez, con su sabia manera. Quiere a los padres para soldados de la guerra que viene, y pone mala cara al cargar con las mujeres y los hijos. Anoche escribí a uno de los dirigentes republicanos y le pregunté si no piensan hacer algo estable y digno con los millones que aún velan en bien de esas familias repartidas por Francia y España, pero que se pueden acomodar en Francia siempre que a nues-

tra Madre *idealista* se le paguen comida, techo, agua, etc. Si algo así hicieran, podrían usted y Victoria Kent comprar –hacer comprar– un dormitorio para esas criaturas. (Mistral y Ocampo 95-99)

Contra lo que había sido habitual en ella, en ese contexto Mistral autorizó la inclusión de su firma en el documento que, impulsado por Tomás Navarro Tomás, dio a conocer en Estados Unidos la puesta en marcha en ese país del correspondiente comité de ayuda a los intelectuales españoles, divulgado en el periódico *La Prensa* de Nueva York con la intención de recabar fondos para los refugiados (Cortés 50)¹⁵.

Mistral barajó la posibilidad de colaborar con las autoridades republicanas en el auxilio de los refugiados, pero acabó haciéndolo a título individual. Su correspondencia da fe de las entregas de dinero que realizó para este fin, cantidades que gestionó Victoria Kent, en cuyas cartas la informó detalladamente del destino que le iba dando a las aportaciones. Juntas –y a menudo con la aquiescencia de Victoria Ocampo– acordaron las prioridades que debían atender. Para la poeta la atención a los niños tuvo carácter preferente, por eso le pidió a su amiga que socorriera a las familias que tenían hijos menores, y, muy especialmente, a las integradas por intelectuales republicanos a los que conocía o de cuya difícil situación había tenido noticia, como fue el caso de los filósofos Eugenio Ímaz y Joaquim Xirau, del poeta Carles Riba o de la catalana Francesca Prat, esposa de un profesor (Montiel, “Solidaridad 180-181”).

Las ayudas sugeridas se otorgaron, como sucedió asimismo con otras necesidades de las que tuvo conocimiento. Las más complejas, la salida de Europa para iniciar el exilio en América las abordó individualmente o en colaboración con Federico de Onís y Tomás Navarro Tomás, con quienes estuvo en contacto para cerciorarse de que habían arribado al otro lado del Atlántico. En respuesta a las peticiones de Mistral, el 11 de junio de 1939 Navarro Tomás la informó del paso por Nueva York, camino de México, de un grupo de españoles, integrantes en su mayoría de la Junta de Cultura Española, entre los que se hallaban José Bergamín, Josep Carner, José Herrera Petere, Emilio Prados y Josep Renau. Pero nada sabía de los demás compatriotas por los que la poeta se había interesado (Montiel, “Solidaridad” 183-184). En algunos casos no le fue posible actuar. Así se desprende de la carta que le remitió a la escritora y traductora Consuelo Berges el

¹⁵ Recuérdese, a este propósito, que sus versos no se habían publicado junto a los de otros compatriotas en el volumen colectivo titulado *Madre España: Homenaje de los poetas chilenos* (1937), librito “dedicado a Federico García Lorca”, a quien Mistral había conocido en Madrid (Morla 477), “el poeta asesinado en Granada por los fascistas. Identificamos con su nombre nuestro homenaje a España”, pudo leerse en la página 2. Por otra parte, conviene tener presente que el 20 de julio de 1942 Mistral le aseguró al historiador chileno Jaime Eyzaguirre que los comunistas la habían injuriado profusamente por su “negativa a firmar papelitos mañosos de comunistoides” (*Obra reunida* 303).

23 de noviembre de 1939, a la que creía ya en México, por lo que lamentó que siguiera aún en Francia. Tras explicarle las dificultades con las que tenía que lidiar para conseguir gestionar los pasajes que le requerían, especialmente con destino a Chile, se comprometió a hacer los trámites necesarios una vez que llegara a su nuevo destino consular, si todavía era preciso. “Me dice usted que esta gestión [de la que le había informado Berges] me deja libre con respecto a usted, amiga mía. Yo no lo creo, nada he hecho en su favor y debo hacerlo”, añadió (*Obra reunida* 268)¹⁶.

En el mes de marzo de 1940 Mistral se encontraba ya en Brasil, adonde se trasladó para hacerse cargo del Consulado de Niterói. “Vine de Niza asqueada de la persecución judía hecha por los franceses oficiales, que era la de su dinero. Aquí cada semana tengo entre manos algún asunto español”, le escribió a Teresa Díez-Canedo el 25 de octubre de 1940 (Montiel, *De mujer* 133). En algunos de esos asuntos se implicó muy especialmente. Así sucedió cuando tuvo conocimiento de que su buen amigo, Lluís Nicolau d’Olwer, se hallaba preso en la cárcel de Cusset, primero, y en la de Fresnes, después, en Francia. Así lo demuestran las cartas de políticos e intelectuales que recibió en respuesta a sus peticiones de auxilio¹⁷. Los requerimientos que realizó en favor del que fuera gobernador del Banco de España en la Segunda República fueron desesperados ante el temor de que los alemanes lo hubieran entregado a España, y de que su vida corriera la misma suerte que habían tenido otros republicanos en situación semejante, como les sucedió al periodista socialista Julián Zugazagoitia –fusilado en 1940– y al director teatral y cuñado del presidente Manuel Azaña, a quien finalmente se le conmutó la pena de muerte por treinta años de prisión (Montiel, “Cartas para”). Liberado en 1945, viajó a México, donde un año después contrajo matrimonio con Palma Guillén.

El alcance internacional de la concesión del Premio Nobel en la figura de Gabriela Mistral fue advertido rápidamente por los exiliados, que se dirigieron a ella para intentar detener la ejecución de algunas de las terribles sentencias dictadas por el régimen de Franco. Teresa Andrés, bibliotecaria comunista refugiada en París, le escribió a la poeta el 2 de marzo de 1946 en tanto que secretaria de la Federación Internacional Democrática de Mujeres a fin de solicitarle “su valiosa intervención para ayudarnos por el medio que Vd. considere más eficaz para salvar la vida” de tres mujeres: las obreras Mercedes Gómez

¹⁶ Berges vivió clandestinamente en Francia varios años hasta que los alemanes la detuvieron y la entregaron a las autoridades de España, donde permaneció en una suerte de exilio interior.

¹⁷ En la Biblioteca Nacional de Chile se conservan algunos de los documentos que permiten reconstruir las gestiones realizadas por Mistral para ayudar al que fuera uno de los republicanos españoles más queridos por ella. También se custodian allí cartas enviadas por d’Olwer a Mistral durante los años treinta y, tras el silencio epistolar que impuso su reclusión, las que le remitió desde México, donde también pudieron verse en el tiempo en el que la poeta fijó su residencia en ese país.

Otero e Isabel Sanz Toledano, condenadas a muerte, y la doctora María Teresa Toral, colaboradora del Instituto Rockefeller, que se hallaba “en grave peligro de muerte”¹⁸. La petición le llegó a Londres, y desde allí realizó la gestión que le pareció más eficaz, diligencia de la que no tardó en hacerse eco la prensa del exilio. El 16 de marzo, *Mundo Obrero. Órgano del Partido Comunista de España* daba cuenta de la “Gran movilización femenina mundial para salvar a Mercedes Gómez, Isabel Sanz y María Teresa Toral”, noticia en la que pudo leerse lo siguiente:

La radio americana anuncia que, antes de dejar Londres con dirección a Nueva York, Gabriela Mistral, célebre poetisa hispanoamericana, premio Nobel de Literatura, ha dirigido un mensaje al Papa pidiéndole que intervenga para salvar la vida de las tres mujeres condenadas por los franquistas.

Gabriela Mistral ha rechazado una invitación de la Real Academia Española, que le pedía fuera a España. (2)

También el semanario comunista *Nuestra Bandera* aludía a la “protesta contra el terror de España” que habían llevado a cabo “personalidades del relieve de Gabriela Mistral” tras el llamamiento realizado, en el marco de la celebración del día 8 de marzo, por la Federación Internacional Democrática de Mujeres y la “camarada Dolores Ibarruri” (141)¹⁹.

La situación en la que se encontró ese mismo año el poeta y periodista Antonio Aparicio, que había logrado viajar a Chile a finales de 1940 tras haber permanecido asilado en dicha Embajada en Madrid desde la conclusión de la contienda, también le fue comunicada a la escritora. Por presiones de la Embajada de España, estuvo a punto de ser expulsado del país, razón por la que los escritores Ricardo Baeza, Rafael Dieste, Alejandro Casona, Rafael Alberti, María Teresa León, Francisco Ayala y Lorenzo Varela le enviaron un telegrama a California, donde había fijado su residencia, con el siguiente texto: “Rogamos interceda Gobierno Chile poeta refugiado español Antonio Aparicio. Agradecidos”²⁰. En el documento, escrito a mano, puede leerse “Pradenas”, lo que parece indicar que Mistral remitió la petición a Juan Pradenas Muñoz, a la sazón cónsul general de Chile en Los Ángeles, de quien dependía su cargo y con el que no se llevaba demasiado bien. Nada más ha trascendido sobre su actuación en este caso, que el entonces senador Pablo Neruda había denunciado en la sesión parlamentaria del 26 de junio

¹⁸ Carta de la Federación Internacional Democrática de Mujeres fechada en París el 2 de marzo de 1946 (Biblioteca Nacional de Chile, número de sistema 000953946).

¹⁹ Las presas cumplieron muchos años de condena en las cárceles franquistas. A su salida, María Teresa Toral se exilió en México.

²⁰ Telegrama de Ricardo Baeza a Gabriela Mistral fechado en Buenos Aires el 4 de julio de 1946 (Biblioteca Nacional de Chile, número de sistema 000949679).

de 1946 (Neruda 71). Algunos días después de recibir el telegrama, Mistral pudo saber, según le comunicó Lorenzo Varela, que Aparicio, “nuestro más joven poeta”, se había visto en tan difícil situación “por presión de la Embajada de Franco”, pero finalmente “la Suprema Corte falló a su favor. Gracias, muchas gracias, en nombre de todos, por cuanto le haya sido posible hacer”, añadió²¹.

Para Mistral, su apoyo casi incondicional al exilio republicano español y su oposición al régimen de Franco no eran incompatibles con el mantenimiento de unas pocas relaciones personales con afectos al mismo. Como era de suponer, estos vínculos de amistad no fueron comprendidos por los desterrados, que se los reprocharon cuando tuvieron ocasión de hacerlo. La oportunidad la halló la joven escritora María Enciso, refugiada en Colombia, cuando le envió su libro *España fugitiva. Treinta estampas de la guerra* (1941) y Mistral le respondió, al parecer, enviándole un abrazo para su amiga la poeta, periodista y pedagoga colombiana Amira de la Rosa. Sentía mucho no poderlo hacer, le dijo Enciso. “Estamos distanciadas. ¿Causas? Ella es muy retraída y yo también, y, además, su intimidad con Ginés de Albareda, a quien tuvo hospedado en su casa el pasado año y a quien protegió extraordinariamente, y cuyas actividades falangistas V. debe conocer, han motivado un alejamiento”. Y añadió, muy firme en su posicionamiento: “Lo siento, porque hubiera podido ser una amiga en esta, pero yo llevo demasiado abierta la herida de mi patria, y no puedo dejar de ser lo que soy. Una española al servicio de mi España, que no es la de Franco” (Montiel, *De mujer* 53). Mistral sabía sin duda que Ginés de Albareda, poeta ocasional y autor de alguna obra teatral, había visitado Colombia durante la Guerra Civil a fin de recabar fondos para los sublevados, y que, como amigo que se consideraba de la escritora chilena, era uno de sus pocos valedores en la prensa franquista, donde, pese a las prohibiciones que pesaban sobre su nombre, la mencionó en más de una ocasión.

Desde España, Consuelo Berges le escribió probablemente en 1947 para hablarle de la repercusión que había tenido allí la concesión del Premio Nobel. En su respuesta, Mistral quiso dejar claras algunas cosas en relación con este tema. “De varios puntos me llegaron unos *recaditos* sobre mi popularidad entre los franquistas y sobre un *homenaje* que yo ignoraba...”, aseguró en alusión al librito en su honor que, promovido por la escritora Carmen Conde y con la participación, entre otros autores –Amira de la Rosa y Ginés de Albareda incluidos–, de Consuelo Berges, había visto la luz en Madrid en 1946. Y prosiguió:

Me irrita no poco el que la política –por muy noble que sea– divida a familias y a amigos. Tengo un hábito que peca de ser todo lo necio que se quiera: no puedo arrojarme por la borda de mi pobre y viejo barco a ciertas criaturas –y hasta a ninguna

²¹ Carta sin fecha de Lorenzo Varela a Gabriela Mistral enviada desde Buenos Aires en 1946 (Biblioteca Nacional de Chile, número de sistema 000948425).

criatura— por razones de urna electoral. Me duele, sí, me duele mucho tener a mis amigos españoles repartidos entre dos orillas; pero negarme a ellos, y barrerlos, y darlos por “almas perdidas” son cosas con las que no puedo. Y aquí no hay virtud alguna: hay solo eso que llaman con desdén los filósofos “la mera naturaleza”. (Mistral, *Obra reunida* 398)

Se trataba, en cualquier caso, de relaciones personales y puntuales, porque el régimen, aunque la prensa mostró mayor apertura a la aparición de su nombre desde 1945, como ha sido dicho, no varió la consideración que le tenía. Sabía que Mistral era, como le había afirmado a Consuelo Berges en 1939, “anti-dictadura, contra dictadura” (Mistral, *Obra reunida* 256). Había por ello suficientes razones para que los exiliados —que el 14 de diciembre de 1940 habían destacado en primera página de *España Popular. Semanario al servicio del pueblo español* que Gabriela Mistral había sido propuesta para representar al pueblo de Chile en una comisión continental para investigar los horrores del terror franquista— siguieran sintiéndola a su lado.

COOPERACIÓN INTELECTUAL Y POLÍTICA

El apoyo de Mistral a los exiliados no se limitó a las actuaciones antes referidas, gestiones cruciales para las vidas de los afectados que la escritora compatibilizó con acciones de carácter intelectual cuyo objetivo no fue otro que colaborar con el colectivo español que se había visto obligado a residir fuera de su patria. Lo hizo en respuesta a las numerosas peticiones que recibió en ese sentido por parte de intelectuales que habían hallado refugio en diferentes países de Hispanoamérica. Querían contar con su firma en las publicaciones que pusieron en marcha en el destierro, una forma de reconocimiento de la fraternidad y de la solidaridad que les había demostrado. Se sentían orgullosos de su apoyo puesto que la consideraban la encarnación del americanismo cabal —de la *americanidad*, como ella solía decir—, además de emblema de la hospitalidad y de la generosidad de ese Nuevo Mundo que los había acogido a la mayoría de ellos tras ser expulsados de España. Se trataba también de una decidida apuesta por vincular la cultura española a la de los países de Hispanoamérica, un propósito presente en la constitución de la Junta de Cultura Española, organismo creado en París en marzo de 1939 en cuyos estatutos se dejó constancia de su intención de “establecer colaboración e intercambio con las entidades e instituciones culturales del extranjero y con sus centros de investigación y enseñanza para conseguir que, por su intermedio, se mantengan y amplíen aquellas relaciones culturales que son indispensables para su propio desarrollo” (Santonja 20).

En 1939, Tomás Navarro Tomás, uno de sus miembros, le había expresado a Mistral su preocupación en ese sentido. No le parecía bien que los residentes en La Casa de España, de México, se mantuvieran “separados de los centros culturales del país [...]. Sería mejor ponerles en circunstancias de tener que relacionarse estrechamente con sus

colegas mejicanos [*sic*]”. Según creía, no debería haber ninguna dificultad en que los intelectuales españoles trabajaran “en las actividades más eficaces para colaborar en la vida cultural” de los países de acogida al tiempo que dedicaban “alguna parte de su esfuerzo a asegurar la continuidad en el extranjero de la España espiritual” que representaban. Aunque perentorias, sus preocupaciones inmediatas no deberían impedir que, “por falta de relación”, llegara un momento en que no fuera posible “unir los deseos en una empresa común”. Con este fin, Federico de Onís, Amado Alonso y él mismo habían empezado a preparar un proyecto de revista cuyo ejemplo podría “ir repitiéndose” en el futuro²².

Así sucedió, en efecto. Apenas unos meses después, desde México Juan Rejano se puso en contacto con Mistral para hablarle de *Romance*, revista “de carácter popular, literario e hispanoamericano”, de próxima aparición, de cuya dirección había sido encargado. A ella se hallaban vinculados ya “los escritores más prestigiosos del continente americano y de [*sic*] los españoles radicados en el mismo”, por lo que deseaban contar con la poeta chilena como colaboradora²³. Tal como le anunció en su misiva, en el primer número de *Romance*, que vio la luz el 1 de febrero de 1940, se publicó “una nota crítica sobre su magnífico libro *Tala*”. En dicha entrega inaugural el nombre de Mistral figuró en la extensa lista de colaboradores, condición que se confirmó con la aparición de su artículo “Norah Borges” en el número 12 (15 de julio de 1940). Unos meses antes, los responsables de la publicación dieron su apoyo a la candidatura de Mistral al Premio Nobel de Literatura, de la que se estaba hablando en esas fechas²⁴, como también lo hicieron en España, desde la Embajada de Chile en Madrid, los editores de la revista *Luna*, entre los que se hallaban los asilados Pablo de la Fuente, Santiago Ontañón y el ya citado Antonio Aparicio²⁵.

²² Carta de Tomás Navarro Tomás fechada en Nueva York el 11 de junio de 1939 (Biblioteca Nacional de Chile, número de sistema 000945127). Navarro Tomás aludía así a la gestación de *Revista de Filología Hispánica*, publicación que inició su andadura en Buenos Aires en 1939 —no en 1936, como se ha asegurado— bajo la dirección de Amado Alonso. Tras su marcha del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires, la edición la asumió El Colegio de México —organismo nacido de la transformación de La Casa de España—, que inició en 1947 la publicación de *Nueva Revista de Filología Hispánica*.

²³ Carta de Juan Rejano a Gabriela Mistral fechada en Ciudad de México el 26 de octubre de 1939 (Biblioteca Nacional de Chile, número de sistema 000931985).

²⁴ “El Premio Nobel encontraría en la obra de Mistral una dimensión justa, es decir, vendría a recompensar una vida plena de amoroso trabajo, un espíritu que en la soledad ha sabido recoger y expresar la angustia humana, el drama escondido de los hombres y de las cosas frente a su propio destino. Nosotros, desde estas columnas, nos sumamos también a ese anhelo, con el fervor de nuestra admiración por la gran escritora chilena” (7).

²⁵ Tras dedicar a Gabriela Mistral la sección “Cuaderno de poesía” del número 10 (noche del 28 al 29 de enero de 1940), divulgaron una nota titulada “Gabriela Mistral candidato al Premio Nobel”. Mientras en América se estaba apoyando unánimemente la propuesta, en España no

El 16 de agosto de 1940, Juan Larrea, director ejecutivo de *España Peregrina*, que se editaba también en Ciudad de México, se puso en contacto con la escritora para inaugurar así las colaboraciones de autores americanos en la revista, donde hasta la fecha solo habían publicado firmas españolas. Pensaban darles cabida por primera vez en un número extraordinario que iban a editar el 12 de octubre como una forma de celebrar “con ustedes”, “nosotros, españoles emigrados a América [...] la fiesta del Nuevo Mundo en el que unos y otros profundamente creemos”²⁶. La colaboración de la escritora chilena, titulada “Un ruego”, en la que solicitaba que, sobreponiéndose a los habituales recelos nacionalistas, se permitiera que los emigrados españoles ejercieran la docencia de la lengua castellana, lo que redundaría en una mejora de las competencias lingüística y literaria de los estudiantes americanos, se publicó en la entrega prevista. Mistral mostró así públicamente una de sus más firmes convicciones, el interés que tenía para América la labor que iban a desarrollar los intelectuales republicanos exiliados en el continente, labor que ensalzó públicamente transcurridos algunos años en unas declaraciones ofrecidas en Londres que la prensa franquista quiso utilizar en su favor a pesar de todo²⁷. “Me llena de gusto”, le había escrito a María Zambrano desde Niza en febrero de 1940, “el que Ud. lleve a nuestra América el ejemplo de una mujer que tiene cultura filosófica verdadera y que sabe darla en una forma tan noble como la suya. Ud. nos levanta a todas consigo y hará en el mujerío americano más bien del que sabe Ud. misma” (Montiel, *De mujer* 148).

Juan Larrea requirió también su participación para la mexicana *Cuadernos Americanos*, donde vio la luz, varios años después de que le llegara la invitación, “La cajita de olinalá”, poema perteneciente a su libro *Ternura* (1924) que apareció dedicado a Emma y a Daniel Cosío Villegas, miembro de la junta de gobierno de la revista. Por diferentes razones no lograron materializarse otras solicitudes recibidas, como las de las revistas *Litoral* (Ciudad de México, 1944), *Correo Literario* (1943-1945) o *Cabalgata* (1946-1948), publicadas ambas en Buenos Aires (Montiel, “Solidaridad” 188-189).

sucedía lo mismo, según se pudo leer en la citada nota: “La ausencia, hasta ahora, de eco en la España oficial para semejante iniciativa no sabemos a qué atribuirla, como no sea a su ya conocida ignorancia sobre las personas que sostienen y honran nuestra cultura en el nuevo continente. Por nuestra parte, veríamos con satisfacción que la Academia Sueca tuviese el acierto de consagrar con su alta distinción la delicada sensibilidad de Gabriela Mistral” (21, noche del 14 al 15 de abril de 1940).

²⁶ Carta de Juan Larrea a Gabriela Mistral fechada en Ciudad de México el 16 de agosto de 1940 (Biblioteca Nacional de Chile, número de sistema 000943793).

²⁷ La noticia, aparecida en *La Voz de Castilla* de Valladolid el 21 de febrero de 1946, se tituló “España ejerce la mayor influencia en la cultura Latinoamericana”, y se iniciaba con estas palabras de Mistral: “Creo que España ejerce la mayor influencia en la cultura latinoamericana. Han contribuido grandemente a ello los refugiados españoles y los viejos escritores” (3).

La escritora sí accedió, en cambio, a los requerimientos de Manuel Andújar y de José Ramón Arana, editores de *Las Españas*, revista que se publicaba en México para la que le pidieron una contribución con objetivos claramente políticos. Ante la próxima celebración de una reunión de la UNESCO estaban preparando un número “dedicado íntegramente a un examen documental de la cultura española bajo el régimen franquista, y a exponer en contraste la obra creadora (en el orden espiritual y cultural) realizada por la República hasta marzo de 1939”. La ocasión les permitiría asimismo agradecerle a dicho organismo su condena del régimen de Franco, “y recabar el puesto que le corresponde a la España auténtica, personificada en sus más altos prestigios intelectuales, lanzados al destierro por fidelidad a su pueblo y a las ideas de libertad y democracia, en cuya defensa murieron millones de hombres en la pasada guerra”. Para ello, deseaban contar con “las firmas más prestigiosas de la intelectualidad del mundo, en apoyo al derecho de un pueblo que ha luchado y lucha heroicamente por su dignidad y por su vida, y, al mismo tiempo, en defensa de una vieja y gloriosa cultura, agonizante bajo el régimen netamente fascista que impera en España”. Le pedían, en suma, “unas pocas líneas con su firma autógrafa” en las que expresara “su condenación del franquismo y su noble solidaridad con la República española”. Agradecidos de antemano por su colaboración, de gran ayuda para todos, se mostraron seguros de que no vacilaría “en elevar su autorizada voz en defensa de la España republicana, de la España eterna”. El texto enviado por Mistral, uno de los más extensos reproducidos bajo el título “En defensa de la cultura española”, se publicó en el número previsto (7, noviembre de 1947, p. 6). Manuel Andújar, que le escribió de nuevo el 29 de agosto de 1948, le trasladó el agradecimiento de la redacción de la revista, a la que, según le confesó, había logrado emocionar con sus palabras. En esta ocasión le pedían otra vez su cooperación, que era para ellos “de índole fraternal”. Estaban preparando “una serie de trabajos, encomendados a los más notables escritores de la América de nuestra habla y espíritu, acerca de este tema, que es de justicia humana y social que se aborde con el necesario arrojo: ¿Cuál es la situación de la cultura española bajo el régimen franquista?”. Su deseo era que Mistral, “con su finísima sensibilidad, con su prestigio, iniciase esta serie de trabajos”. No podemos saber si la poeta accedió a la petición en la forma en la que estaba previsto, pero lo cierto es que el número 11 de la revista, aparecido en enero de 1949, incluyó en la sección “Cartas a *Las Españas*” el siguiente texto de la autora de *Tala*: “He defendido y defenderé siempre a la República porque yo soy la hija de una República y por mi vínculo con los escritores de su patria, que son los más altos escritores de la nueva España” (2). En agosto de 1950 (números 15-18, p. 9), se reprodujo otro texto suyo, insertado en esta ocasión bajo el título “Los intelectuales del mundo en defensa del pueblo español”. Se trataba, en cierto sentido, de una ampliación de lo expresado anteriormente, una defensa de la República española que consideraba “connatural” “en el gremio literario” de Hispanoamérica, y que concluía así: “La desgracia de ustedes nos duele como una desgracia doméstica. Vive en nosotros este bello amor y esta porfiada esperanza” (Montiel, “Solidaridad” 189-191).

A Mistral le fue sin duda imposible atender todas las peticiones de colaboración que le llegaron, por lo que resulta significativo que accediera a responder a las de *Las Españas*, como también lo es que lo hiciera en los términos antes citados. Se trataba, lógicamente, de solicitudes de colaboración interesadas desde el punto de vista político, como lo fueron también por razones comerciales –aunque no estuvieran exentas tampoco de ciertas motivaciones políticas– las propuestas de edición de libros, antologías y traducciones que recibió por parte de exiliados residentes en Buenos Aires (Losada), Ciudad de México (Séneca), Santiago de Chile (Cruz del Sur), Nueva York (Agencia Literaria y de Librería) o Toulouse (La Novela Española) (Montiel, “Solidaridad” 192-195).

Sea como fuere, lo cierto es que, tras la concesión del Premio Nobel, las cartas en las que requerían a la escritora para todo tipo de intervenciones se multiplicaron. Durante los primeros meses de 1946, mientras le tributaban homenajes las más altas instancias de Francia, Italia y Gran Bretaña, España –donde era más lógico que hubiera sido reconocida como se merecía por tratarse de una escritora en lengua española– se limitó a reproducir en la prensa –toda ella sometida al control del régimen– escuetas informaciones sobre su periplo europeo²⁸. Los republicanos residentes en el Viejo Continente, en cambio, se pusieron en contacto con ella para honrarla, como no podía ser de otro modo, y para contar con su participación en las actividades que venían desarrollando. Su apretada agenda le impidió atenderlos a todos (Montiel, “Solidaridad” 195-196), pero sí lo hizo en casos significativos, como la charla que mantuvo en Londres con los exiliados vascos el 24 de febrero de 1946, tal como le había pedido unos días antes Manuel de Irujo, militante del Partido Nacionalista Vasco y ministro del Gobierno de la República en el exilio²⁹.

Apenas unos meses después, José Giral, presidente del Consejo de Ministros del Gobierno de la República en el exilio le envió una carta desde París como intelectual –no como político, según le aseguró– para solicitarle su apoyo a la España republicana. Antes de concretar el objetivo de su misiva, escribió lo siguiente: “Conozco sobradamente la simpatía que le inspira la causa de la República española, porque me constan las repetidas manifestaciones en su favor que ha hecho usted a lo largo de estos años, y no considero necesario hacer su apología ante usted ni poner de manifiesto una vez más la situación actual de nuestro problema”. Se aproximaba el momento, prosiguió, de que se hicieran públicas las resoluciones internacionales que la Organización de las Naciones Unidas

²⁸ Tras la concesión del Premio Nobel, se publicaron algunos artículos elogiosos sobre su figura y su obra firmados, en ciertas ocasiones, por escritores de valía, como Gerardo Diego. En ciertos textos, en cambio, se pusieron en cuestión sus merecimientos para ser acreedora del galardón.

²⁹ Carta de Manuel Irujo a Gabriela Mistral fechada en Londres el 19 de febrero de 1946 (Biblioteca Nacional de Chile, número de sistema 000949651) y carta de Manuel Irujo a Gabriela Mistral fechada en Londres el 26 de febrero de 1946 (Biblioteca Nacional de Chile, número de sistema 000949654).

debía tomar con respecto al caso español, resoluciones que los exiliados confiaban en que sirvieran para acabar definitivamente con el régimen franquista. Como, según aseguró Giral, “la voz de Hispanoamérica, de todas y cada una de las naciones que la forman, puede ser decisiva en aquellas deliberaciones y de su solidaridad con España, de su amor hacia ella y de su deseo de verla salir de la tremenda situación en que se encuentra, fiamos y esperamos mucho los republicanos españoles”.

Por ello le pedía que individualmente o junto a sus colegas actuara en favor de la República Española y en contra del régimen franquista de modo que los gobernantes se sintieran inclinados a votar en ese sentido en la próxima Asamblea General de la ONU, a cuyo secretario general le solicitaba asimismo que le dirigiera un escrito en apoyo de las resoluciones que sugería el Subcomité del Consejo de Seguridad relativas a la ruptura de relaciones diplomáticas con el régimen franquista, “y dando a la condenación de este último todo el peso indudable de su prestigio”³⁰.

No nos consta la atención que Mistral, que ese mismo año había estado trabajando por delegación de su país en la ONU, le pudo prestar a la petición, pero lo cierto es que se consiguió una parte de lo previsto, aunque, como es sabido, no se alcanzó la esperada caída del régimen de Franco³¹. Por ello la escritora siguió recibiendo en sus sucesivas residencias –Estados Unidos, México e Italia– todo tipo de demandas. El largo exilio y las discrepancias en torno a las políticas de oposición al franquismo que defendían los partidos republicanos iban haciendo mella en los desterrados. La situación internacional, la principal preocupación de Mistral en plena Guerra Fría, condicionó también la cooperación de la escritora con ellos. Probablemente no supo en ningún momento que detrás del Congreso por la Libertad de la Cultura, nacido en Berlín a mediados de 1950, se ocultaba la CIA. Unos meses después de su constitución, el escritor y político socialista Luis Araquistáin le escribió a fin de pedirle colaboración para la revista que estaban preparando. Así se desprende de la respuesta de la escritora, una carta sin fecha enviada desde México antes de tomar posesión de su nuevo puesto consular en Italia, donde se encontraba ya a principios de 1951. “Pongo muchas esperanzas en esa revista, gobernada por tan buena gente”, le confesó Mistral, que prometió remitirles a comienzos de junio los diez dólares correspondientes a su suscripción y a la de Palma Guillén. Tras mostrarle su preocupación por la paulatina pérdida de relevancia de la cultura latina en el mundo, sugerirle posibles líneas de actuación, rogarle que ofrecieran “la verdad, con precisión, pero sin derrotismo”, y proponerle nombres de posibles colaboradores hispanoamericanos,

³⁰ Carta de José Giral a Gabriela Mistral fechada en París el 19 de agosto de 1946 (Biblioteca Nacional de Chile, número de sistema 000968914).

³¹ En diciembre de 1946 la Asamblea General de la ONU acordó la condena del régimen franquista, y se recomendó la retirada de los embajadores acreditados en Madrid, medida que fue aplicada por la gran mayoría de países.

como Alfonso Reyes y Daniel Cosío Villegas, le anunció que le mandaba un poema de su próximo libro, *Lagar*. El 12 de marzo de 1954, un año después de que *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura* iniciara su andadura, Julián Gorkín, su redactor jefe, se dirigió a ella para agradecerle el poema que les había hecho llegar a través de Germán Arciniegas, miembro del consejo de honor de la publicación, “sobre todo sabiendo como sabemos que no concede usted fácilmente su prestigiosa colaboración”. En breve, le anunció, recibiría la correspondiente retribución y seis ejemplares del número en el que había visto la luz su texto, la sexta entrega, perteneciente a los meses de mayo-junio de 1954 (Montiel, “Solidaridad” 191-192). Según Olga Glondys, el deseo de contar con la colaboración de Mistral no obedeció “a ningún altruismo desinteresado”, sino a una estrategia de los integrantes del Congreso por la Libertad de la Cultura en su lucha contra el comunismo (313)³².

“Parece que el mundo no va para mejor y nada sabemos ni aun del futuro próximo”, le dijo Mistral a la escritora y política exiliada Margarita Nelken en octubre de 1949, pocos días después de que ambas se vieran en la finca mexicana El Lencero, adonde la poeta chilena la invitó a pasar unas jornadas de descanso (Montiel, *De mujer* 157). Hacía apenas un mes que se había celebrado el Congreso Continental por la Paz en México, de cuya presidencia de honor, encabezada por el expresidente Lázaro Cárdenas, formó parte Mistral junto con destacados intelectuales, como Thomas Mann, y personalidades políticas entre las que se hallaba Dolores Ibárruri, secretaria general del Partido Comunista de España que actuó en representación de la España republicana. El encuentro, al que asistieron cinco mil personas, había sido todo un éxito, pudo leerse en *Mundo Obrero* el 15 de septiembre de 1949 (1). El Partido Comunista de España, de acuerdo con la línea política internacional practicada por la URSS en ese momento —“si la propaganda de los Estados Unidos asumió la palabra libertad como bandera anticomunista, la Unión Soviética enarboló la palabra paz como bandera anticapitalista contra el imperialismo norteamericano” (Aznar 2)—, se implicó plenamente en una “lucha por la paz” que, desprovista de los objetivos últimos que animaban a sus dirigentes y a sus militantes, compartían también muchos ciudadanos del mundo, entre los que se hallaba Mistral.

³² Glondys añade: “El plan contemplaba enviarle una carta, firmada por Bondy, agradeciendo su poema; publicar este con una introducción y pagarle un mínimo de cincuenta dólares por él, todo ello con un evidente propósito político: ‘La incorporación de Gabriela al grupo de *Cuadernos* es —o sería— de un valor enorme. Una gran parte de los poetas y escritores que ahora giran en torno al nerudismo podrían ser reconquistados” (313). Como ha sido dicho, la carta no fue enviada por Bondy, director de publicaciones de la revista, sino por Julián Gorkín. *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura* le dedicó un homenaje a la poeta chilena tras su fallecimiento (23, marzo-abril de 1957).

Por ello, en el contexto de la guerra fría cultural que continuó librándose ya iniciada la década de los cincuenta, el nombre de la escritora chilena apareció consignado en numerosas ocasiones en las publicaciones del Partido Comunista de España para alabar las iniciativas emprendidas por Mistral en este sentido. El 15 de septiembre de 1951, la revista *España y la paz*, claramente alineada con las políticas soviéticas y en contra de Estados Unidos, informó del apoyo que le había otorgado a la campaña de recogida de firmas lanzada en el Llamamiento por un Pacto de Paz entre las cinco grandes potencias del mundo, acordado por el Comité Soviético de Defensa de la Paz en reunión celebrada el 28 de agosto de 1951, con la difusión de “un hermoso artículo, que ha encontrado poderoso eco” en Chile, donde ya habían logrado un total de cien mil firmas del millón que se proponían obtener (2). Un año después, el 15 de noviembre de 1953, la publicación daba a conocer la preparación, “como auténtico Parlamento de la Paz”, del Congreso de los Pueblos, “en todos los lugares del mundo”, y destacaba que “Gabriela Mistral, poetisa americana, Premio Nobel de literatura, en un mensaje dirigido a las mujeres, estimula a estas a que sean la salvaguardia de los jóvenes, futuros sabios, inventores, artistas y realizadores de una época de creación y de felicidad que solo puede lograrse con la Paz, “nuestra madre Divina” (2). *Mundo Obrero*, por su parte, divulgó así la noticia quince días después, el 30 de noviembre de 1952: “En CHILE, la poetisa Gabriela Mistral, Premio Nobel de Literatura, ha enviado un mensaje en el que se dirige a las mujeres llamándolas a participar activamente en la lucha por la paz” (7).

La escritora se implicó activamente y de forma sostenida con el movimiento mundial por la paz, escribiendo, entre otros textos, el artículo “La palabra maldita”, por el que fue propuesta en 1954 para recibir el Premio Internacional de la Paz³³. No pareció importarle la vinculación política que pudiera hacerse de su participación. Las sospechas infundadas de su posible condición de compañera de viaje de los comunistas las combatió por carta en tanto que miembro del cuerpo diplomático de su país en un oficio dirigido al ministro de Relaciones Exteriores de Chile³⁴, y también se expresó en relación con este tema en el envío postal que le hizo llegar a Eduardo Barrios³⁵. En el complejo entramado político del exilio republicano español tal vez fue la causa de que alguna publicación anarquista, como *Solidaridad Obrera*, incluyera en sus páginas, donde se venían recomendando y poniendo a la venta sus libros, algunos reproches a cuenta de unas supuestas declaraciones acerca de su condición de india y vasca –por lo que nada le debía al español– que llevaron

³³ Carta de María Rosa Oliver a Gabriela Mistral fechada en Santiago de Chile el 5 de octubre de 1954 (Biblioteca Nacional de Chile, número de sistema 000945318).

³⁴ “Mi posición en favor de la paz no dimana de partido político, pues no pertenezco a ninguno”, escribió en Nápoles el 11 de diciembre de 1951 (*Obra reunida* 457).

³⁵ De manera confidencial, Mistral le pidió en 1952 que la informara acerca del “absurdo de la sospecha comunista respecto de mí, persona apolítica si las hay” (*Obra reunida*, 477).

a Felipe Alaiz, autor del artículo, a poner en cuestión la calidad de su trayectoria literaria por la que fue galardonada por la Academia Sueca (“América”)³⁶.

Ignoraban entonces que, por esas fechas, Mistral estaba realizando gestiones para conseguir que le fuera otorgado el Premio Nobel de Literatura a Juan Ramón Jiménez. Cuando recibió el suyo en 1945 –celebrado por los exiliados republicanos como si se lo hubieran otorgado a uno de ellos– manifestó públicamente su convicción de que, en rigor, le debería haber sido concedido al poeta de Moguer, del que se consideraba discípula (Montiel, “Querer” 264). Conseguido su objetivo finalmente en 1956, la escritora pudo constatar una vez más que sus relaciones con los exiliados españoles le resultaron plenamente gratificantes cuando se circunscribieron a la esfera personal –de la que da fe su correspondencia con algunas relevantes representantes de la España del destierro, entre las que cuentan María Zambrano, Margarita Nelken, Maruja Mallo o Zenobia Camprubí (Montiel, *De mujer*)– e intelectual, ámbito que había elegido desde el primer momento para ayudar y para colaborar con ellos que acabó confundándose, como por otra parte era de esperar, con los intereses políticos de quienes se habían visto obligados a abandonar su patria precisamente por ello.

Conocida la noticia de su fallecimiento, su amiga, la republicana Victoria Kent, la recordó haciendo alusión a su supuesto antiespañolismo, a su parecer, “uno de los grandes errores difundidos sobre su personalidad y una amarga fuente de serias conmociones en su vida” (10). En el número de febrero de 1957 de *Mujeres Españolas. Boletín de la Unión de Mujeres Antifascistas Españolas en México*, del Partido Comunista de España, la homenajearon así:

Gabriela Mistral estuvo a nuestro lado durante nuestra guerra.

Gabriela Mistral estuvo del lado de los amantes de la paz en días difíciles para la humanidad entera [...].

Si como poeta deja un hueco difícil de llenar, como mujer sensible a los dolores de las mujeres y de los niños humildes no podrá ser olvidada. (16)

La causa que quiso defender la fue aproximando poco a poco a los partidarios de un ideario que reprobó siempre, el comunista, aunque su propósito no fue otro que ayudar al colectivo exiliado español como ser humano, como cristiana, como maestra, como

³⁶ También desde las páginas de la revista *Las Españas* le afearon a Mistral estas supuestas declaraciones, leídas en la publicación vasca editada en Buenos Aires *Euzko Deya* (Montiel, “Solidaridad” 191). Curiosamente, en la prensa franquista se reprodujeron y comentaron ampliamente estas mismas afirmaciones, cuya veracidad y el contexto en el que pudieron ser dichas están por comprobar.

diplomática y como escritora. Ella también era una mujer errante, una vagabunda³⁷ que quiso comprender a los desterrados españoles, aunque nunca entendió su concepción del destierro. Así se lo hizo saber a Bergamín en el recado que le escribió en 1944 y que ha sido citado al inicio de estas páginas:

Porque el “destierro”, con el sentido recto, no con el del diccionario, no es la pérdida de la tierra propia, ni su falta, ni su extrañamiento, es nada más que un trueque por otra y el engaño de la pieza que nos robaron y que reemplazamos por una copia.

El español esencial no puede vivir afuera, ni lo quiere, y cuando parece que puede y quiere es pura engañifa que se construye y que a poco se cae de bruces. (676-677)

BIBLIOGRAFÍA

- Alaiz, Felipe. “América”. *Solidaridad Obrera*, 14 de febrero de 1953, p. 4.
- Aznar Soler, Manuel. “Guerra fría cultural y exilio republicano de 1939: el Congreso Mundial de Intelectuales por la Paz (Wroclaw, 1948)”. *Culture & History Digital Journal*, vol. 7, no. 1, junio de 2018, <https://doi.org/10.3989/chdj.2018.009>
- Cortés Ibáñez, Emilia. *Cartas de Tomás Navarro Tomás a Juan Ramón Jiménez y Juan Guerrero (1917-1950)*. Instituto de Estudios Albacetenses, 2014.
- Glondys, Olga. *La guerra fría cultural y el exilio republicano español. Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultural (1953-1965)*. CSIC, 2012.
- Horan, Elizabeth. “Consul Gabriela Mistral in Portugal, 1935-1937: ‘Un policía en la esquina y dos o tres espías adentro del hotel’”. *Historia*, vol. 42, no. 2, 2009, pp. 401-434.
- . “Míos por sangre y convivencia: cómo Gabriela Mistral, diplomática y poeta, enfrentó la Guerra Civil Española”. *Correspondencia entre Gabriela Mistral, Victoria Ocampo y Victoria Kent*, editado por Elizabeth Horan, Carmen de Urioste Azcorra y Cynthia Tompkins, Renacimiento, 2019, pp. 35-109.
- Horan, Elizabeth, Carmen de Urioste Azcorra y Cynthia Tompkins, editores. *Correspondencia entre Gabriela Mistral, Victoria Ocampo y Victoria Kent*. Renacimiento, 2019.
- Kent, Victoria. “Gabriela Mistral”. *Ibérica por la libertad*, vol. 5, no. 2, 15 de febrero de 1957, pp. 9-10.

³⁷ “Vagabunda, eso he sido yo, llámenme hasta gitana, viciosa de rumbos locos, o bobos de puro azar”, escribió en una carta enviada a Doris Dana en 1951. Estas primeras palabras han sido utilizadas para titular un volumen sobre sus escritos de viaje que ha sido publicado en 2024.

- Mallo, Maruja. *Cartas*. Editado por Guillermo de Osma. Renacimiento, 2025.
- Mistral, Gabriela. *Tala. Lagar*. Editado por Nuria Girona. Cátedra, 2001.
- . *Obra reunida. Tomo VIII. Cartas*. Editado por Gustavo Barrera Calderón, Carlos Decap Fernández, Jaime Quezada Ruiz y Magda Sepúlveda Eriz. Biblioteca Nacional de Chile, 2020.
- . *Recados completos*. Editado por Diego del Pozo. La Pollera Ediciones, 2023.
- . *Vagabunda, eso he sido. Escritos de viaje*. Editado por Natalia Oyarzún Cartagena. Alquimia Ediciones, 2024.
- Mistral, Gabriela y Victoria Ocampo. *Esta América nuestra. Correspondencia 1926-1956*. Editado por Elizabeth Horan y Doris Meyer. El cuenco de plata, 2007.
- Montiel Rayo, Francisca. “Cartas para la vida, cartas para la historia: peticiones de ayuda para presos republicanos en las cárceles franquistas”. *Los campos de concentración y el mundo penitenciario en España durante la Guerra Civil y el franquismo*, editado por Jaume Sobrequés, Carme Molinero y Margarida Sala, Crítica-Museu d’Història de Catalunya, 2003, pp. 773-782.
- . “Soliloquear en el exilio: Tres cartas de José Bergamín a Gabriela Mistral (México, 1941-1943)”. *José Bergamín entre literatura y política*, editado por Max Hidalgo Nácher, Iván López Cabello y Teresa Santa María Fernández, Presses Universitaires de Paris Ouest, 2016, pp. 129-145.
- . *De mujer a mujer. Cartas desde el exilio a Gabriela Mistral (1942-1956)*. Fundación Banco Santander, 2020.
- . “Solidaridad y cooperación con la España leal: cartas de escritores e intelectuales del exilio republicano de 1939 a Gabriela Mistral”. *Laberintos. Revista de estudios sobre los exilios culturales españoles*, no. 24, 2022, pp. 167-202.
- . “Querer y deber: la complicidad de Zenobia Camprubí y Gabriela Mistral en tierras americanas”. *Zenobia & co.: escritoras, artistas e intelectuales en la órbita de Zenobia Camprubí*, editado por M. Luz Bort Caballero, Publicaciones de la Universidad de Huelva, 2024, pp. 247-279.
- Morla Lynch, Carlos. *Diarios españoles. 1928-1936*, vol. I, Renacimiento, 2018.
- Neruda, Pablo. *Discursos parlamentarios (1945-1948)*. Editorial Antártica, 1997.
- Nieto Pena, Xesús. “Conversando con Gabriela Mistral”. *La Libertad*, 21 de julio de 1933, pp. 5-6.

